



Me dispongo a la oración con estos textos

“ El humilde pide a Dios constantemente luces y fuerza, y el Señor está siempre con él; mientras que el presuntuoso se fundamenta en sí mismo, con lo que la ruina estrepitosa es siempre el coronamiento de su obra.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.IV. 270

“ La falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento.

–Gaudete et exsultate, 50

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

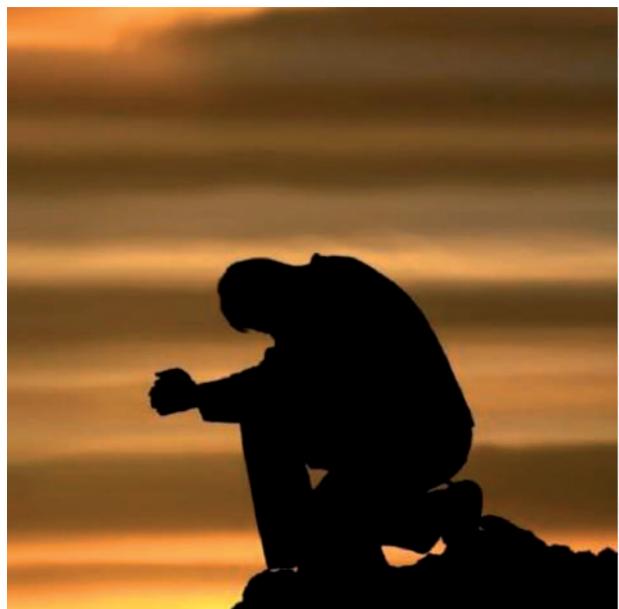
Yo, pecador

Señor,
cuando me encierro en mí,
no existe nada:
ni tu cielo y tus montes,
tus vientos y tus mares;
ni tu sol,
ni la lluvia de estrellas.
Ni existen los demás
ni existes Tú,
ni existo yo.
A fuerza de pensarme, me destruyo.
Y una oscura soledad me envuelve,
y no veo nada
y no oigo nada.

Cúrame, Señor, cúrame por dentro,
como a los ciegos, mudos y leprosos,
que te presentaban.
Yo me presento.
Cúrame el corazón, de donde sale,
lo que otros padecen
y donde llevo mudo y reprimido
el amor tuyo, que les debo.
Despiértame, Señor, de este coma profundo,
que es amarme por encima de todo.

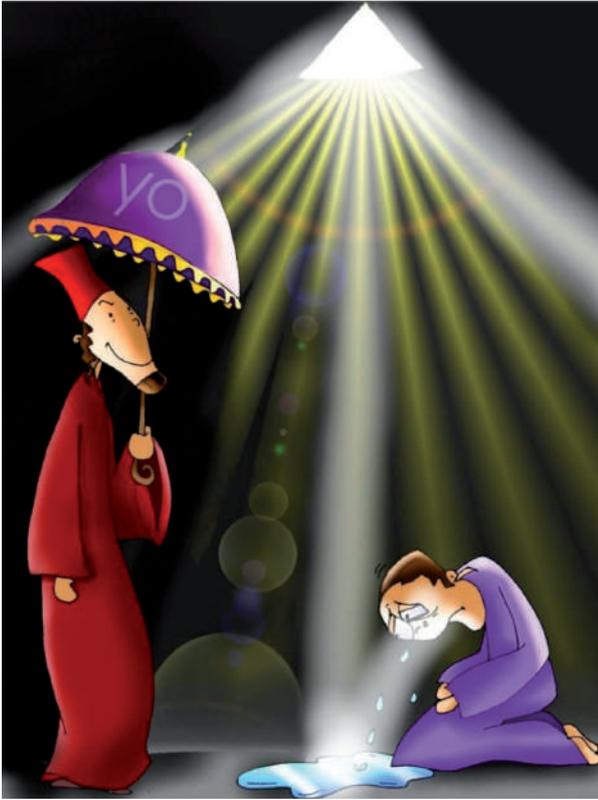
Que yo vuelva a ver
a verte, a verles,
a ver tus cosas
a ver tu vida,
a ver tus hijos...
Y que empiece a hablar,
como los niños,
–balbuceando–,
las dos palabras más redondas
de la vida:
¡Padre nuestro!

(Ignacio Iglesias, sj)





Hoy me dice LA PALABRA...



Lucas 18, 9-14. Ten compasión de este pecador.

Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”.

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Necesitamos tomar conciencia de nuestro pecado, necesitamos la humildad de reconocernos necesitados de conversión, de perdón, de transformación de nuestra vida. Necesitamos reconocer los obstáculos que seguimos poniendo al amor de Dios en nuestra vida, que nos impiden acogerlo y vivir desde y para ese amor. Es el primer paso humilde de nuestra conversión.

Dios nos regala un proyecto de felicidad: vivir para el amor y la comunión de una manera libre y consciente. Dios nos ha creado para la vida, y la vida es la comunión en el amor con los hermanos, con la naturaleza y con Él. Y nos ha dado las capacidades que nos permiten construir ese proyecto de humanización y felicidad, que Dios ha dejado en nuestras manos, en nuestra propia decisión y responsabilidad, porque el amor solo puede vivirse desde la libertad.

Pero los seres humanos hemos introducido en nuestra existencia y en nuestra historia, personal y social, una dinámica negativa que obstaculiza la realización de ese proyecto de comunión, hiriendo nuestra libertad. Porque en lugar del amor al prójimo, al hermano, hemos colocado el amor propio absolutizado, el egoísmo, deformando así nuestro ser y vocación, y construyendo por ello un mundo deforme. El pecado, que eso es el desamor que nace del egoísmo, ha herido profundamente nuestra libertad, ha deformado la imagen y semejanza que somos del Dios Comunion de Personas, nos aleja de la vida.



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXX Domingo del Tiempo Ordinario C • 23 octubre 2022 • www.hoac.es



Pero el amor de Dios a cada uno de nosotros permanece, porque Dios no sabe más que amar. Pecadores, somos perdonados, porque somos amados. El desamor del egoísmo no ha sido nuestra perdición definitiva, porque Dios, en Jesucristo, ha realizado el mayor acto de amor hacia nosotros, dando su vida por nosotros, y nos ha hecho el don del Espíritu, el Amor de Dios que habita en nosotros y que nos posibilita sanar nuestra libertad y realizar el proyecto de humanización y felicidad que Dios nos ofrece, aún en medio de nuestra limitación y ambigüedad.

Por eso, nuestra realidad es que nuestra existencia (personal y social) se mueve en una tensión permanente entre Gracia y pecado, entre amor y desamor, entre la libertad para amar y la libertad herida cuando la entendemos y vivimos como absolutización del propio interés, conveniencia y gusto, cuando situamos en el centro nuestro propio ego. Nuestra propia tendencia al egoísmo y las relaciones sociales que hemos construido desde el egoísmo nos dificultan seriamente la realización de nuestra humanidad y la construcción de un mundo humano.

Necesitamos ser conscientes de nuestra realidad, reconocernos en nuestra debilidad y no engañarnos a nosotros mismos. Hemos de luchar cada día contra nuestra tentación de dejarnos llevar por el desamor, el pecado. No se trata de insanas culpabilizaciones (el amor de Dios no nos acusa ni culpabiliza), sino de ser realistas y honestos con nosotros mismos, no acomodándonos sino abriéndonos al amor de Dios que siempre nos está invitando y posibilitando caminar en el amor a los hermanos. El amor de Dios siempre nos perdona, sana y libera para que respondamos de forma humana y agradecida.

Me hago consciente de mi pecado, y de mi necesidad de conversión, y pido a Dios acoger la Gracia que me sana y humaniza. Concreto en mi proyecto de vida qué pasos necesito dar para realizar este camino de conversión, para acoger su Gracia. Puedo celebrar el sacramento de la Reconciliación.





Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Coloquio

Dios Padre bueno, que conoces mejor que yo todo lo que hay dentro de mí. Esa parte de la que estoy satisfecho, esa que detesto y procuro ocultar a los demás e incluso esa otra, insondable y misteriosa, de la que ni yo mismo soy consciente, pero que tú amas y acoges también como parte de mí mismo.

Aquí me tienes, Padre, entusiasta y decepcionante, rutinario y sorprendente, luminoso y oscuro, virtuoso y pecador, gozoso y triste.

Mírame con tus ojos de misericordia, tú que conoces bien mis fortalezas y mis debilidades, y enséñame a ser testigo de tu amor, a encarnar en mi vida tu mirada de compasión, a mirar a mis hermanos los hombres con esos mismos ojos tuyos.

Que no busque juzgar, criticar y condenar, sino comprender, disculpar y perdonar siempre a todos.



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.